

NECROLOGÍA

MAXIME CHEVALIER (1925-2007)

MARÍA PILAR CUARTERO
Universidad de Zaragoza

«*Quis desiderio sit pudor aut modus / tam cari capitis?*» Con estas palabras comienza Horacio el *carmen* I, XXIV, en recuerdo de Quintilio Varo, amigo suyo y de Virgilio, especialmente de este último, a quien intenta consolar por su pérdida. Yo deseo encabezar con ellas esta necrología de Maxime Chevalier, en homenaje al buen conocedor de Horacio que fue el gran hispanista, y porque, como Varo, Maxime Chevalier murió llorado por muchos hombres de bien («*Multis ille bonis flebilis occidit*»). Sucedió en Burdeos el 20 de agosto de 2007.

Había nacido en 1925, en Nîmes, y fue alumno de l'École Normale Supérieure. Catedrático de la Universidad de Burdeos durante muchos años, ha sido, sin duda, uno de los hispanistas franceses más prestigiosos de los últimos tiempos.

Su importante labor académico-investigadora le valió, entre otros reconocimientos, lo que podríamos llamar, a lo romano, la celebración de tres *triumphi*: en 1990, un Homenaje, materializado en un número monográfico del *Bulletin Hispanique, Hommage à Maxime Chevalier*; en 1993, el Doctorado *honoris causa* por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, cuyo Acto de Investidura quedó recogido en la publicación *Formas tradicionales y literatura. Laudatio in honorem Prof. Maxime Chevalier*; y, en 1998, el Premio Nebrija, con motivo del cual vio la luz su libro *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*.

Señalado lo precedente, me limitaré a recordar cuatro títulos de libros de Maxime Chevalier, que, convertidos en libros clásicos, creo bastan para representar a todos los restantes y a su más de un centenar de artículos:

L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du «Roland furieux» (1966), obra que no necesita comentario alguno, por conocida y trascendental para la interpretación del *Orlando furioso* y para la dimensión de su

influencia en la literatura de nuestro Siglo de Oro. Sí conviene tener presente que fue el fruto de su tesis doctoral y el libro que inició su dedicación a la literatura española (en carta de 10 de junio de 2003, a propósito del *Orlando furioso*, me lo recordaba: «¡Qué lejos está todo esto! Pero, bien; así me hice hispanista»).

Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro (1975), recopilación de centenar y medio de cuentecillos del Siglo de Oro, exponentes claros de nuestra tradición oral, encerrada, como tesoro, en textos escritos.

Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro (1983), reconstrucción del folclore narrativo de la España áurea, a través de una colección de doscientos cincuenta y ocho cuentos folklóricos, con puntual anotación de sus versiones españolas y americanas.

Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal (1992), libro clave entre los estudios de nuestro Siglo de Oro, por ser una historia de la literatura de la agudeza verbal, que Maxime Chevalier desgranó, a través de numerosas obras, pormenorizando sus géneros y formas, para desembocar en el aprovechamiento de dicha agudeza en buena parte de los versos y prosas quevedianos.

Es evidente cuánto nos enseñó Maxime Chevalier sobre la impronta del *Orlando furioso*, del cuento tradicional, del cuento folklórico y de la agudeza verbal en la literatura española del Siglo de Oro. Cabe preguntarse: y de él, ¿quiénes fueron los maestros? Pondré de manifiesto aquí que me solía decir que, con toda la admiración que sentía hacia Marcel Bataillon, no lo consideraba como su maestro, asegurando que únicamente había tenido dos maestros: Lucien Febvre, quien le había enseñado que «los hombres del siglo XVI» —eran sus palabras— «no forzosamente razonaban como nosotros», y Ramón Menéndez Pidal, que le había revelado el concepto de poesía tradicional.

Su extraordinario conocimiento de la literatura española del Siglo de Oro (y de la francesa de los siglos XVI y XVII), se debía, sobre todo, a que Maxime Chevalier era constante lector de los textos. Para él lo más importante eran los textos, y ahí emerge otra enseñanza recibida por él, como también con frecuencia repetía, la del profesor Aristide Bocognano, que les insistía en clase: «*Le texte, messieurs, le texte!*». Así, como Horacio, *Ars poetica*, 268-269 —pasaje de todos conocido—, recomendara hacer con los «*exemplaria Graeca*»: «*nocturna uersate manu, uersate diurna*», Maxime Chevalier lo hacía con los textos del Siglo de Oro. Mi admiración cada vez que recibía material suyo para las notas de las dos obras que realizamos juntos, la edición del *Buen Aviso* y *Portacuentos* y *El Sobremesa* y *Alivio de caminantes* de Joan Timoneda, con los *Cuentos* de Joan Aragonés (1990), y la edición de la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz (1997), no tenía límites.

El privilegio de trabajar con él me lo concedió una carta suya, de 26 de noviembre de 1982, en la que me proponía editar juntos las obras de Timoneda y

Aragonés, propuesta a la que yo respondí con la más agradecida aceptación. Tras aquella carta vinieron, como *Saturnia regna*, la colaboración en ese libro y, más tarde, en el de Santa Cruz, y, lo más importante, veinticinco años de amistad, inolvidables encuentros, particularmente en Madrid (algunos en compañía de su entrañable amigo Julio Camarena, en colaboración con el cual publicó los cuatro tomos del *Catálogo tipológico del cuento folclórico español*, 1995-2003), comunicación telefónica habitual, y un número aproximado de trescientas cartas suyas. Maxime Chevalier era epistológrafo vocacional, que plasmaba en las cartas su gran sabiduría, su incesante trabajo investigador (hasta los últimos días de su vida), y su permanente cordialidad.

Quienes hemos tenido la suerte de disfrutar de su amistad, sabemos bien que cumplía el precepto ciceroniano (*De finibus*, I, 1, 3), de que la sabiduría no basta adquirirla, hay que aplicarla: «*Siue enim ad sapientiam perueniri potest, non paranda nobis solum ea, sed fruenda est*». Maxime Chevalier era *homo doctus*, en el auténtico sentido de la palabra. Y era, además, *uir facetus*, conforme al ideal del Renacimiento, por su fina ironía y atinada gracia.

De nuestra comunidad de hispanistas me han llegado diversos testimonios, orales y escritos, expresando la pena por su muerte. En todos ellos se pone de manifiesto que el hispanismo ha perdido con su desaparición a un gran conocedor e investigador de la literatura española del Siglo de Oro, que ha enseñado mucho con su obra, y, en el de quienes pudieron constatar su *humanitas*, que se nos ha ido una gran persona.

Se me disculpará que acuda de nuevo a Cicerón, quien, en *Philippicae*, IX, v, 10, decía —como es sabido— «*Vita enim mortuorum in memoria est posita uiuorum*» Maxime Chevalier seguirá viviendo con seguridad por su sabia y amplia obra.

Para quienes lo hemos perdido como ser humano, nos queda seguir el consejo que Horacio da a Virgilio en los dos últimos versos del *carmen* con el que inicié esta necrología: «*sed leuius fit patientia / quicquid corrigere est nefas*».